

# DON GARCÍA DE TOLEDO: SEMBLANZA DE UN MARINO ESPAÑOL DEL RENACIMIENTO

Fernando SANTOS DE LA HERA  
Técnico Superior de Archivos  
del Cuerpo Facultativo de Archiveros del Estado.  
Archivo Histórico de la Armada  
Juan Sebastián de Elcano. Madrid, España  
Recibido: 01/03/2023 Aceptado: 04/05/2023

## Resumen

Estas pocas líneas tratan de arrojar luz sobre García de Toledo y Osorio, una figura imprescindible para comprender el devenir del Mediterráneo del siglo XVI. Perteneciente a una de las más poderosas e ilustres familias nobles castellanas, desde muy joven entró en contacto con el ámbito naval sirviendo a su padre, virrey de Nápoles. Pudo participar en los más destacados combates navales de su época, adquiriendo una experiencia que pondría al servicio de la Monarquía Hispánica hasta acceder a las más altas dignidades, siendo nombrado capitán general del Mar en 1564. Como virrey de Sicilia se ocupó de levantar el sitio de Malta. Posteriormente, asesoró a don Juan de Austria y a Felipe II en cuantos asuntos de alta política y estrategia fue requerido, hasta su fallecimiento en 1578.

*Palabras clave:* García de Toledo, capitán general del Mar, virrey, combate naval.

## Abstract

These few lines try to shed light on García de Toledo y Osorio, an essential figure to understand the evolution of the Mediterranean in the 16th century. Belonging to one of the most powerful and illustrious Castilian noble families, from a very young age he came into contact with the naval field, serving his father, viceroy of Naples. He was able to participate in the most outstanding naval battles of his time, gaining experience that he would put at the service of the Hispanic Monarchy until reaching the highest dignities, being named General Captain of the Sea in 1564. As Viceroy of Sicily he was in charge of raising the siege from Malta. Subsequently, he advised Don Juan of Austria and Felipe II in as many matters of high politics and strategy as required, until his death in 1578.

*Keywords:* García de Toledo, General Captain of the Sea, viceroy, naval battle.

La centuria decimosexta española es pródiga en alumbrar hombres de Estado, militares y pensadores duchos en distintos ámbitos del conocimiento. Basta pensar en la escuela salmantina de derecho, en los teólogos que fueron el nervio de la Contrarreforma tridentina, o en el indubitado florecimiento de la literatura patria. Tampoco estaban reñidas, por entonces, las buenas artes en las letras y las armas, de lo que es genuina muestra el gran Miguel de Cervantes. Esta alianza de la pluma y la espada estuvo presente en el Renacimiento entre la alta nobleza española<sup>1</sup> –verbigracia, los duques de Osuna y la universidad ursanense, con su célebre colegiata–, hasta que la primera terminara por vencer a la segunda<sup>2</sup>, perdiéndose así en gran medida la función militar de esta élite. Sin embargo, los Álvarez de Toledo<sup>3</sup>, tanto en su rama principal, encarnada en los duques de Alba, como en la vertiente secundaria, iniciada por don Pedro de Toledo, virrey que fuera de Nápoles, decantaron esta ambivalencia, cultivando sus miembros tanto las letras como las armas<sup>4</sup>.

En este sentido, podría afirmarse sin incurrir en imprudencia que don García de Toledo y Osorio encarna el ideal de marino del Renacimiento, pues a su inopinada fama entre la milicia de su época se añadía un refinado gusto

---

(1) La predisposición «natural» de la nobleza para los cargos militares ya fue recogida en las *Partidas* alfonsíes (partida II, tít. IX, ley VI) y expuesta, entre otros numerosos autores, por DÁVILA OREJÓN, Francisco: *Excelencia del arte militar y varones ilustres*, 1683, ff. 94r-101r.

(2) MENÉNDEZ PIDAL, Faustino: *La nobleza en España: ideas, estructura, historia*, pp. 301ss.

(3) Pueden rastrearse los orígenes de esta notabilísima familia en la obra de SOSA, fray Jerónimo de: *Noticia de la gran casa de los marqueses de Villafranca y su parentesco con las mayores de Europa...*, Nápoles, 1676.

(4) Sobre la rutilante vida cultural de la corte virreinal de Nápoles, véase HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José: «*Parthénope* ¿tan lejos de su tierra? Garcilaso de la Vega y la poesía de

por la cultura, especialmente por la arquitectura y la poesía, contando entre sus amigos a afamados poetas italianos. Resulta por ello de justicia compendiar en un trabajo, por breve y limitado que sea, la singladura de este señor marino español, dado que en la bibliografía abundan referencias a menudo tangenciales y poco centradas en tamaño personaje y en sus escritos, que compendian el saber naval de toda una época. Como consecuencia de ello, su figura puede verse algo desdibujada y ensombrecida en favor de otros ilustres hombres de mar más atendidos por las autoridades historiográficas.

Su pertenencia a tan señero linaje le permitió situarse desde muy temprano en su vida —era apenas un adolescente de quince años cuando ya mandaba dos galeras propias— en primera línea, en una época de efervescencia febril en el Mediterráneo. En aquel siglo convergieron las fuerzas antagónicas de la Monarquía Hispánica y la Sublime Puerta, lo cual trastocó el débil equilibrio que componían otros actores, como la Serenísima República de Venecia y las regencias piráticas norteafricanas.

Su padre, don Pedro de Toledo, fomentó su carrera militar, donde terminaría por sobresalir por encima del primogénito. Erigiéndose en el continuador de la familia como dirigente político y alto cargo naval, ejercería una notabilísima influencia en la vida política y social, fundamentalmente de Nápoles. Este devenir no fue casual, sino que estuvo profundamente imbricado en la política expansiva desplegada por el linaje toledano, fundamentado en alianzas matrimoniales estratégicas con otras poderosas familias de Italia, así como en la inquebrantable adhesión entre las ramas principal y secundaria de los Toledo<sup>5</sup>. No dudaron en enlazarse por medio de sus vástagos y en prestarse apoyo ante los vaivenes del favor real, siempre inseguro en el complejo sistema de lucha de poderes en que se desenvolvía la vida palatina de la corte española.

Don Pedro de Toledo, segundogénito de Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba, fue criado en la corte como paje de Fernando el Católico. Instruido en las artes de la guerra, combatió desde su más cruda juventud junto a su padre. Casó con María Osorio y Pimentel, segunda marquesa de Villafranca, poderosa heredera castellana. Fruto de este matrimonio vieron la luz tres varones (Fadrique, García y Luis) y cuatro mujeres. Como consecuencia de sus habilidades guerreras y políticas, don Pedro accedió al trono virreinal napolitano en 1532. Muy pronto situó a sus dos primeros hijos en posiciones de preeminencia militar. El propio don García, que había venido al mundo

---

la corte en Nápoles», en *Garcilaso y su época: del amor y la guerra*, Madrid, 2003; o «Los Médicis y los Toledo: familia y lenguaje de poder en la Italia de Felipe II», en DI STEFANO, Guisepppe; FASANO GUARDINI, Elena, y MARTINENGO, Alessandro: *Italia non spagnola e monarchia spagnola tra '500 e '600. Politica, cultura e letteratura*, L'Officina dello Storico. Collana di studi di storia sull'età moderna e contemporanea, Dipartimento di Storia, Università di Pisa, 2009.

(5) HERNANDO SÁNCHEZ, C.J.: *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo: linaje, estado y cultura (1532-1553)*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, Salamanca, 1994, pp. 9ss.

en Villafranca del Bierzo (reino de León) en 1514, con tan solo veintiún años fue nombrado general de las galeras de Nápoles, escuadra sostenida por este reino dentro de la estructura naval de la Corona Hispánica. Previamente había estado, con sus propias naves, bajo el mando del celeberrimo y longevo marino genovés Andrea Doria, quien servía por entonces al Rey Católico. No en vano, a decir del propio don García, se había «criado en la mar»<sup>6</sup>. Durante este periodo se familiarizó con la táctica naval, observando y aprendiendo de la toma de decisiones de los marinos de su época. De la misma forma, entró en contacto con los complejos mecanismos precisos para la puesta en marcha de las flotas reales, que implicaban una multiplicidad de factores e intereses, lo cual en multitud de ocasiones suponía un lastre para el correcto funcionamiento de las mismas. A lo largo de su carrera, don García aplicó su inteligencia para tratar de mejorar en lo posible todas estas cuestiones, realizando propuestas al monarca y asesorando a altos cargos militares.

Sin duda, los tiempos precisaban de marinos y guerreros avezados, dado que en el tablero del Mediterráneo se jugaba la supervivencia de la cristiandad frente a los poderes musulmanes. Cabe añadir que no se trataba en absoluto de un enfrentamiento maniqueo entre fuerzas substancialmente opuestas. Solo hay que recordar el colaboracionismo del cristianísimo rey francés con el Gran Turco<sup>7</sup>, el sacro pragmatismo de los venecianos, o la actitud a menudo timorata del papado. Todos estos miembros de la cristiandad recelaron siempre de un éxito demasiado rotundo por parte del Rey Católico y prefirieron mantener cierto equilibrio entre ambas potencias, aun a riesgo de favorecer, si preciso fuera, la victoria de los infieles.

Sin embargo, desde las postrimerías de la Reconquista, los reyes de Castilla –principalmente– y de Aragón tuvieron claro que el corolario<sup>8</sup> imprescindible de la reunificación de la Península en manos cristianas pasaba por tomar el control de determinados puntos del norte de África<sup>9</sup>. Efectivamente, el desarrollo de los acontecimientos daría probadas muestras de que el mediodía de la Monarquía suponía un costado demasiado fácil de atravesar por las cimita-

(6) Archivo Histórico de la Armada (AHA), Juan Sebastián de Elcano 74, Ms. 0072/046.

(7) Era público y notorio que las flotas turcas buscaban cobijo en puertos franceses, fundamentalmente el de Tolón. Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 1377, 27, f. 1r.

(8) Como señalara Joseph PÉREZ en su conferencia impartida en el XVI Coloquio de Historia Canario-Americana (octubre de 2004), la propia Isabel la Católica situaba a África como vector *a fortiori* de expansión de Castilla («que no cese la conquista de África»). Sobre este interés de la reina en África, FERNÁNDEZ MÁRQUEZ, Manuel: *Isabel la Católica*, pp. 438ss., y ALONSO ACERO, Beatriz: *España y el norte de África en los siglos XVI y XVII*, pp. 67-98 y 326.

(9) Así, en 1497, el duque de Medina Sidonia tomó Melilla. Una vez finada la reina Isabel, vendrían Mazalquivir y Orán, con Cisneros; más tarde, Pedro Navarro se hizo con Bugía y sometió a vasallaje las regencias de Argel, Mostagán y Túnez. Tras la toma de Trípoli, esta racha expansiva se vio frenada y empañada por el célebre desastre de los Gelves. En esta isla sita en el litoral pereció don García de Toledo y Zúñiga, hermano de don Pedro de Toledo. Sobre estas cuestiones aún mantiene muy viva su vigencia la obra de FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón I y II*, Museo Naval, Madrid, 1974.

rras norteafricanas. Por cierto que uno de los puntos de mayor actividad pirática era el peñón de Vélez de la Gomera<sup>10</sup>, escenario de una de las acciones más célebres y exitosas de don García.

Especialmente desde la caída en manos berberiscas del citado peñón en 1529, las costas del sur y el levante español, así como las sicilianas y napolitanas, fueron castigadas con saña por la piratería. Consecuencia de esta actividad fueron la fortificación de poblaciones marítimas y puertos, o la creación de milicias defensivas<sup>11</sup>. La piratería igualmente movió a Carlos V a establecer escuadras de galeras: en 1520, la de Cataluña, Valencia y Baleares; en 1529, la de guarda de las costas del reino de Granada; en 1532, la escuadra de galeras de España; y, por último, la escuadra de Nápoles en 1535. Todas ellas emulaban a la primigenia escuadra de galeras de Sicilia, establecida por Fernando el Católico a inicios del siglo XVI<sup>12</sup>.

En 1535, don Pedro de Toledo consiguió para su hijo García el mandato de la escuadra de Nápoles. Ese mismo año este último tendría ocasión de comandar las siete galeras napolitanas con ocasión de la jornada de Túnez. La situación del Mediterráneo había continuado deteriorándose en los años previos. Hito importante en este deterioro fue la expulsión de los caballeros de San Juan de la isla de Rodas en 1522, tras haber resistido otros dos importantes sitios en 1444 y 1480. El Emperador decidió cederles el archipiélago maltés en 1530<sup>13</sup><sup>14</sup>. La Religión sirvió de contrapeso en el Mediterráneo central al expansionismo otomano, encarnado en el renegado Hairedin Barbarroja, quien, como almirante turco<sup>15</sup>, había tomado Túnez en 1534<sup>16</sup>.

Carlos V decidió emplearse personalmente en la recuperación de Túnez, junto a los más granados de la nobleza y la milicia de la Monarquía. Los Toledo ofrecieron una representación nutrida, con el gran duque de Alba y su hermano Bernardino, así como el primogénito del virrey de Nápoles, don

(10) Sobre el papel fundamental de este enclave estratégico del norte de África, véase BRAVO NIETO, Antonio, y BELLVER GARRIDO, Juan Antonio (dirs.): *El Peñón de Vélez de la Gomera: historia, cultura y sociedad en la España norteafricana*, Papel de Aguas, España, 2008.

(11) MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: «La defensa en las costas mediterráneas», en *XLI Jornadas de Historia Marítima: «La expulsión de los moriscos y la actividad de los corsarios norteafricanos»*. Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval, núm. 61 (2011).

(12) CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso: «Guerra y nobleza en la jornada de Túnez. Los capitanes del César», en *Túnez 1535. Halcones y halconeros en la diplomacia y la monarquía española*, Fundación Museo Naval, Madrid, 2010.

(13) BROSSARD, Maurice: *Historia marítima del mundo*, Edimat Libros, Madrid, 2000, p. 338.

(14) Sobre la interacción entre los caballeros de San Juan y la Monarquía Hispánica, véase SALVÁ, Jaime: *La Orden de Malta y las acciones navales españoles contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1944.

(15) Don Pedro de Toledo avisó al Emperador de los preparativos de la flota enemiga en 1534. ALVAR EZQUERRA, Alfredo: «Los Mediterráneos de Carlos V y la empresa de Túnez», en *Túnez 1535*, pp. 197ss.

(16) Sobre los hermanos Barbarroja, véase BRADFORD, Ernle: *The Sultan's admiral. Barbarossa: pirate and empire-builder*, Tauris Parke Paperbacks, Londres, 2009.

Fadrique de Toledo, y, como se ha apuntado con anterioridad, don García ostentando el mando de las galeras napolitanas<sup>17</sup>. La flota imperial, compuesta por 82 galeras, cuarenta galeones y un gran galeón portugués, más veinticinco carabelas y otro importante número de naves como urcas, naos o bergantines, pudo aproximarse y garantizar el desembarco de tropas y artillería sin problemas<sup>18</sup>. Sin duda, la participación en esta gran expedición fue útil a don García para comprender el funcionamiento de una flota numerosa y heterogénea, que incluía el desembarco de tropas terrestres. Ello pese a que esta importante victoria no fue explotada en todas sus posibilidades, dado que los conflictos en Europa desviaron la atención y los recursos de la Monarquía. La respuesta de Barbarroja no se hizo esperar, y desde su base argelina acometió el saqueo de Mahón y otras poblaciones<sup>19</sup>, para navegar luego, en pleno invierno, a Constantinopla. Tamaña gesta no pudo menos de agradar al sultán<sup>20</sup>.

Don García continuó ostentando el mando de las galeras de Nápoles, al tiempo que mantenía por su cuenta otras armadas puestas al servicio del rey. Su cercanía al poder puede observarse en encargos particulares como el traslado de paños para la emperatriz Isabel de Portugal, efectuado personalmente por el general de galeras<sup>21</sup>. Con esta calidad participó en actividades de corso y castigo contra las posiciones turcas en Grecia y el ámbito egeo. Formada la Liga Santa con el papado y Venecia en 1538, comandó las cinco galeras aportadas por el reino de Nápoles a la escuadra dirigida por Andrea Doria. Estaba formada esta por 134 galeras, 72 naos y otras muchas naves de porte menor. Se oponían a ella 85 galeras, treinta galeotas y un conjunto de fustas y bergantines turcos bajo el mando de Barbarroja. Rompieron hostilidades en Preveza, en el golfo de Corfú. Pese a la superioridad numérica cristiana, la disparidad de pareceres e intereses, la indecisión de Andrea Doria y el mal estado de algunas naves –fundamentalmente, las aportadas por la Santa Sede– favorecieron un resultado desastroso. Las embarcaciones, dispuestas por Doria en un espacio insuficiente, se trabaron unas con otras, lo que impidió una correcta maniobrabilidad. Por el contrario, Barbarroja, formando su escuadra en media luna, envolvió a la flota enemiga<sup>22</sup>. Las consecuencias de esta derrota para la moral cristiana fueron de largo alcance, y el mito de la invencibilidad otomana en la mar se asentó en el inconsciente colectivo<sup>23</sup>.

Como el propio don García apuntaría más adelante, una baja moral de combate lleva a malograr ocasiones que debieran suponer victorias fáciles, sin que naves nuevas y bien pertrechadas puedan suplir esta insuficiencia de ánimo. Tampoco pasó la oportunidad de aprender de los errores propios y de

---

(17) Una relación exhaustiva de los miembros de la nobleza procedentes de los reinos y territorios de la Monarquía Hispánica puede hallarse en CEBALLOS-ESCALERA, pp. 139-149.

(18) *Ibidem*, p. 134.

(19) BRADFORD, p. 105

(20) FERNÁNDEZ DURO: *ob. cit.*, t. I, p. 230.

(21) AGS, Estado, leg. 1368, 112, f. 1r, y leg. 1369, 116, f. 1r.

(22) FERNÁNDEZ DURO: *ob. cit.*, t. I, pp. 232ss.

(23) *Ibidem*, p. 241.

los aciertos del enemigo. Observó la inteligencia de la formación propuesta por Barbarroja y no la olvidó, al objeto de emplearla en la ocasión propicia<sup>24</sup>.

La década de los cuarenta proporcionó a don García ocasiones para lucir su habilidad en el gobierno de las galeras napolitanas, participando en numerosas operaciones en el ámbito egeo y el norte de África. La flota reunida por Andrea Doria (unas cincuenta galeras y otras embarcaciones) se dirigió a Monastir y tomó esta plaza, donde situó una guarnición española; luego fue contra Susa y otras plazas tunecinas, que fueron cedidas al régulo aliado del Rey Católico<sup>25</sup>. Ese mismo año de 1541, Carlos V decidió marchar sobre Argel, en un alarde que recordaba a la jornada de Túnez. Sin embargo, esta vez la ocasión no era tan propicia, por estar la estación demasiado avanzada. Tampoco era partidario de esta empresa el Santo Padre, por temor a un ataque turco, ni Andrea Doria y otros importantes cargos de la Monarquía como el marqués del Vasto, a la sazón gobernador de Milán<sup>26</sup>. De nuevo bajo el mando de don García acudieron las velas napolitanas, en este caso en número de cinco<sup>27</sup>. Como si los elementos hubieran querido aliarse con los musulmanes, se desató un temporal tan violento que, impidiendo el correcto desempeño de las operaciones, obligó a una retirada en condiciones desastrosas, hasta el punto de que hubo que echar al agua los caballos para hacer sitio a los hombres. Algunas naves se perdieron al chocar contra las rocas, y la flota se dispersó, si bien el Emperador pudo salvar la vida<sup>28</sup>. La derrota animó a los enemigos de la Monarquía, y Francia y el Gran Turco cerraron una alianza. El escándalo mayúsculo que causó esta amistad contra natura no valió la pena, a la vista de los resultados: pese a juntar sus flotas, franceses y otomanos no pudieron ofender directamente a España; hubieron de contentarse con marchar contra Niza y capturar algún botín y prisioneros, que además serían liberados a la postre por don García cuando eran dirigidos a Constantinopla<sup>29</sup>.

Durante estos años puede rastrearse la actividad de contra corso desplegada desde Nápoles a través de las referencias documentales, que, sin duda, reflejan solo una ínfima parte de lo que debió de ser una constante. Así, se hallan noticias del apresamiento de naves musulmanas por parte de don García en 1545<sup>30</sup>. Ese mismo año persiguió con trece galeras, junto al capitán Antonio Doria, a Dragut. El pirata berberisco se dirigía a Córcega –tras abastecerse en Tolón–, pero los cristianos pudieron expulsarlo hasta «aguas muertas». Gómez Suárez de Figueroa, embajador de España en Génova y autor de

---

(24) FERNÁNDEZ NAVARRETE, Martín, y SAINZ DE BARANDA, Miguel: *Colección de documentos inéditos para la historia de España* III, Madrid, 1840, p. 15.

(25) FERNÁNDEZ DURO: ob. cit., t. I, p. 251.

(26) *Ibídem*, p. 255.

(27) *Ibídem*, p. 256.

(28) *Ibídem*, pp. 257-260.

(29) *Ibídem*, pp. 265.

(30) Así lo asevera Andrea Doria en carta al príncipe Felipe de junio de 1545. AGS, Estado, leg. 1377, 27, f. 1r.

la carta dirigida al príncipe Felipe, refiere en la misiva cómo Bernardino de Mendoza, Juan Doria y Berenguer de Requesens juntaban galeras para avituallar La Goleta ante la anunciada venida del hijo de Barbarroja<sup>31</sup>. La circulación de don García por el Mediterráneo era constante, confiándosele el traslado de importantes personalidades<sup>32</sup>.

Resultó sobresaliente el papel de don García en la toma de la plaza de Mahdía o África, sita en un peñón que sobresale del litoral tunecino, al sureste de Monastir. Da cuenta de ello un «discurso» elevado a Carlos V en el que se consigna el desarrollo de la empresa, desde la partida de Nápoles del general con veintidós galeras la noche del 15 de julio de 1550. Tras reunirse con Juan Doria y sus dieciocho galeras, primero, y posteriormente con el virrey de Sicilia, logró desembarcar en primer lugar y sin mayores contratiempos. Establecida una cabeza de puente, el resto del ejército pudo afanarse en el sitio del enclave. Don García se hizo cargo tanto de las tropas de tierra como de la artillería<sup>33</sup>.

Ante la resistente fábrica de las defensas que daban a tierra, don García y el ingeniero Andrónico de Spinosa maquinaron una batería flotante, juntando al efecto dos galeras desarboladas. Sobre una pasarela asegurada con clavazón y parapetada, situaron varias piezas de artillería que castigaron exitosamente el muro que daba al mar, consiguiendo así doblegar la obstinada resistencia de los defensores<sup>34</sup>. La victoria sirvió para prestigiar un gobierno virreinal en entredicho por la revuelta de 1547, así como para dotar a don García de una imagen de comandante intrépido e invicto que, durante su entrada triunfal en Nápoles, fue aclamado con el epíteto de «García Africano» por su amigo el poeta Tansillo. La habilidad poliorcética de don García no solo se refería a su vertiente ofensiva, sino que se mostró experto en la inspección y preparación de fortificaciones<sup>35</sup>. A partir de estos sucesos, don García se perfila como una figura de creciente relevancia en los asuntos napolitanos y como el heredero de don Pedro en los aspectos político y militar, frente a la «reclusión» en sus dominios españoles del primogénito, que carecía además de descendencia. Así ha de entenderse su enlace matrimonial con Vittoria Colonna, perteneciente a

(31) *Ibíd.*, f. 1r-v.

(32) *Ibíd.*, leg. 1380, 47, f. 1r, y leg. 1382, 20, f. 1r.

(33) *Ibíd.*, leg. 1381, 41, ff. 1r-2r.

(34) SALAZAR, Pedro de: *Hystoria de la guerra y presa de África con la destruyción de la Villa de Monazer, y isla del Gozo, y pérdida de Tripol de Berbería con otras muy nueuas cosas*, Nápoles, 1552. ff. 68r y ss.

(35) HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José. «“No digo ingenieros sino hombres”: los Toledo y la política de fortificación en el siglo XVI», en CÁMARA MUÑOZ, Alicia, y VÁZQUEZ MANASSERO, Margarita A. (coords.): *Ser hechura de. Ingeniería, fidelidades y redes de poder en los siglos XVI y XVII*, Fundación Juanelo Turriano, 2019, pp. 37ss. Mucho después, en 1564, Felipe II le encargará la inspección de las costas levantinas españolas, a fin de determinar dónde debían edificarse torres defensivas. Don García fijó los siguientes puntos: cabo Martinete, próximo a Tarragona; Saló, donde debía levantarse una torre de gran tamaño; Punta Lena de los Alfaques, con otras dos en su puerto y a una distancia de cinco millas; y Santa Pola, tanto en la isla como en los aldeaños. AGS, Estado, leg. 1393, 112, f. 1r.

un linaje con una marcada tradición de apoyo a la Monarquía Católica<sup>36</sup>. Junto a este matrimonio, los Toledo se vincularon, por vía femenina, a los Médicis y a los Spinelli, aumentando así su influencia en los asuntos italianos.

No obstante, desaparecido su padre y gran valedor en 1552, los problemas se acrecentaron para don García, heredero como era de la rivalidad de don Pedro y Andrea Doria. Los enemigos del linaje toledano comenzaron a mover piezas en contra de don García, como atestigua una carta dirigida por Antonio Doria al príncipe Felipe en que solicita le sea concedido el cargo que ostentaba aquel sobre las galeras napolitanas<sup>37</sup>.

### **Negro sobre blanco: reflexiones sobre los peligros de la milicia naval**

En este contexto hay que entender el elocuente discurso<sup>38</sup> sobre los inconvenientes anejos al desempeño del cargo de general de galeras. En el texto, García habla de lo ingrato, arriesgado y costoso que puede resultar para la honra, casa y fortuna de su titular. Se trata de un auténtico epítome de la problemática inherente al ejercicio de la mar en su época, cuando las circunstancias internacionales se complicaban y entraban en juego los complejos sistemas de administración y organización de flotas, asignación de objetivos, y exigencias ajenas a la pericia y criterio de los propios marinos. Asimismo, denota una lúcida apreciación de los síntomas de una decadencia próxima, aunque no inevitable.

Como él mismo alega, la navegación implica una lucha contra los cuatro elementos: el agua sobre la que se desplaza es el primer enemigo, seguida del fuego, que puede hacer presa de unas naves por entero de madera y con numerosa impedimenta inflamable; por su parte, el viento, siempre deseado en su justa medida, puede dar con la el buque en las rocas, lo que lleva a tierra, donde queda inerme el varado. A diferencia de los que campean en tierra firme, el que navega debe hacer frente a multitud de enemigos siempre acechantes. Nadie en el ejercicio de la mar es un aliado fiel.

Indica que, desde los tiempos de la jornada de Túnez –habían transcurrido veinticinco años–, no hay ni un capitán de los que sirven al rey que no haya perdido sus galeras o la vida en la mar<sup>39</sup>. Él mismo es una excepción, pero esto

---

(36) Sobre la compleja interacción entre las fuerzas centrípetas de la Monarquía y los poderes locales del reino de Nápoles, de gran complejidad, véase DE GALASSO, Giuseppe: *En la periferia del imperio. La monarquía hispánica y el Reino de Nápoles*, Península, 2000.

(37) AGS, Estado, leg. 1382, 271.

(38) AHA, Juan Sebastián de Elcano 74, Ms. 0072/046, ff. 107-114. Puede hallarse una transcripción en FERNÁNDEZ DURO: ob. cit., t. II, apéndice I.

(39) Advierte –para aquellos que pudieran recurrir a la inextinguible figura de Andrea Doria– que el genovés, quien armaba de ordinario quince galeras a su costa, a lo largo de su carrera perdió más de sesenta, siendo impensable poder recomponerse, como lo hizo, para cualquier otro marino que no contara con su ascendiente sobre los monarcas de Castilla, únicos capaces de respaldarlo y permitirle volver a la escena.

no ha de llevar a engaño, pues no se debe a su experiencia o pericia, sino –a su juicio– a la intervención divina, única que puede librar de los peligros de la mar.

Reflexiona don García acerca de la peligrosa dependencia de tener a su gente bien pagada en que se halla el comandante de galeras. Efectivamente, faltando el sueldo, las tropas abandonan el contingente, si no comenten todo tipo de tropelías y latrocinios allá por donde pasan, causando estragos y ganando enemigos a su general, que se ve desautorizado para poner orden. Otra grave consecuencia de recibir tarde los pagos por parte del rey es que a menudo los generales se ven abocados a comprar las vituallas en tiempos y lugares de carestía, lo que impedirá planificar adecuadamente el aprovisionamiento de las flotas. Tales cortapisas acaban por derivar en falta de elementos necesarios y en pérdidas económicas, cuando no menoscaban –lo que es peor– la operatividad y la capacidad de combate. La propia hacienda de los generales está frecuentemente en juego, dado que muchos adelantan de su propio erario<sup>40</sup> los montantes precisos, que no se ven siempre satisfechos ante las innumerables y acuciantes necesidades de los monarcas. Y no se le escapa a don García que estas situaciones, tan familiares a los soldados del Rey Católico, han venido sucediendo en épocas de bonanza y abundancia de recursos, con lo que puede imaginarse qué no sucederá cuando estos comienzan a escasear.

No pasaba desapercibida para don García la creciente falta de marineros. Así, en tiempos pretéritos, las galeras se servían de oficiales, cuando ahora debían emplear «remendones». Como causa de esta falta de gente de mar, de nuevo resalta los avatares anejos a este oficio: cautiverios, muertes en combate, naufragios... Este problema se hace extensible a las chusmas; antes el comandante de una galera contaba con chusmas experimentadas, cuya destreza alcanzando presas y zafando a los atacantes era muy superior a las de turcos y berberiscos, de lo que se obtenían riquezas y prestigio. En cambio, tras tanta derrota frente al Turco, se han perdido tan buenos remeros y en tal cantidad que frecuentemente por tal causa se malogran situaciones ventajosas. De nada sirve, a su entender, armar galeras nuevas y bien provistas si la marinería no es experimentada o, lo que es peor, está desmoralizada. De resultados de esta conjunción problemática, potenciales victorias devienen en derrotas, lo cual aumenta la falta de ánimo de la tropa, que teme cada vez más enfrentar al Turco en la mar.

A este tipo de dificultades había que añadir una de la que García era muy consciente: la honra. Efectivamente, mantener la honorabilidad del general y evitar poner la buena fama en entredicho obligaba a aceptar combates llevando todas las de perder. Las habladurías eran incontrolables y, como diría otro célebre marino español mucho después, más vale honra sin barco que barco sin honra. Esta españolísima máxima regía también en el Mediterráneo del

---

(40) BRAUDEL, Fernand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 2016, p. 736.

siglo XVI. Aparte de comprometerse en ocasiones de las que era imposible salir airoso, multitud de veces los generales se veían obligados a salir a la mar con mal tiempo o con la estación ya avanzada, por no consentir que se les tomara por «amigos de puerto». Tampoco suele repararse en los problemas anejos al mando de flotas numerosas. Las dificultades crecen de forma proporcional al tamaño de la escuadra, aconteciendo usualmente que resultaba imposible hallar puerto seguro para todas las naves, debiendo decidir entre guarecer solo una parte o arriesgarlo todo. De otro lado, los conflictos derivados del ejercicio del mando sobre una pléyade de oficiales, marinos y otros cargos hacen imposible contentar a todos y recabar la lealtad de tantos subordinados.

Como consecuencia de todo esto, era habitual que, tras un periodo más o menos breve, los generales renunciaran a su cargo, aun arriesgándose a caer en desgracia ante el rey por resultar malos vasallos<sup>41</sup>. Llega al punto de considerar que su mejor decisión fue abandonar el oficio de marino. No obstante tan pesimistas reflexiones, las intenciones de don García no eran tan claras al renunciar a su cargo. En realidad, buscaba liberarse de las obligaciones anejas a aquel para participar como coronel de infantería española en la guerra de Siena, campaña en la que esperaba engrandecer fama y hacienda. Corroborra esta tesis el hecho de que no se desvinculó, en absoluto, de la mar.

El mandato del gran duque de Alba en Nápoles, y su influencia en la corte, devolvieron a don García la influencia que había perdido tras la muerte de su padre y la designación de Pacheco<sup>42</sup> en su lugar. Su mejorable desempeño en las guerras de Siena, en las que fue coronel de infantería española<sup>43</sup>, tampoco ayudó. Ahora, los Toledo volvían al poder, al igual que los éxitos militares en las guerras de Italia.

Poco después, en 1558, García ascendió en el espectro político, como consecuencia de las remodelaciones político-administrativas efectuadas por Felipe II, y fue nombrado virrey de Cataluña. En su etapa catalana destacó la potenciación de las atarazanas de Barcelona, en las que se construyeron nuevas galeras<sup>44</sup> y otras embarcaciones para hacer frente a la actividad de

---

(41) De nuevo hace referencia a Andrea Doria, resaltando la posición privilegiada con que contaba, dada la gran fama de la que gozaba en España y la secular preferencia de los españoles por los extranjeros («podéis creer que hay diferencia de nacer en Génova o nacer en Valladolid»).

(42) Sobre el cardenal don Pedro Pacheco, véase SALVÁ, Miguel: *Colección de documentos inéditos para la historia de España XXIII*, Madrid, 1853, pp. 140ss.

(43) Existen algunas noticias hológrafas de la marcha de esta contienda en las que don García relata a Gómez Suárez de Figueroa los avatares de la misma. El 17 de marzo de 1503 escribía desde Monticello dando cuenta de los problemas para someter distintas plazas, así como inquiriendo sobre la conveniencia de degollar a los principales de los enemigos, condenando a galeras a los demás, de forma que se extendiera el pánico entre ellos. No obstante, tampoco se le escapa que, actuando con tanto rigor, ponía en riesgo la reputación del Rey Católico, por lo que pedía instrucciones al respecto. AGS, Estado, leg. 1383, 252, f. 1r-v; 1383, 198, f. 1r; 1383, 212, ff. 1r-2r.

(44) CEREZO MARTÍNEZ, Ricardo: *Las armadas de Felipe II*, San Martín, Madrid, 1988, p. 102.

turcos y berberiscos en las costas. Los conflictos por cuestiones protocolarias y forales con las autoridades locales<sup>45</sup> no empañaron el gran desempeño de García, que luchó contra el bandolerismo, combatió la penetración de ideas protestantes a través de los Pirineos, y aplicó su experiencia en mejorar fortificaciones como la de Perpiñán<sup>46</sup>.

### **Cúspide de una carrera azarosa: don García, capitán general del Mar**

Tras una visita del monarca al Principado en 1564, García obtuvo el nombramiento más importante de su vida, que sancionaba toda una carrera naval al servicio de la Corona: fue designado como capitán general del Mar.

Este hito resulta de especial relevancia, dado que venía a substituir a su rival, Andrea Doria, que ostentó esta dignidad durante años. En su nombramiento<sup>47</sup>, emitido el 10 de febrero de 1564, Felipe II, atendiendo a la calidad, valor y experiencia de García, lo designaba capitán general del mar Mediterráneo y el Adriático. Como tal, le correspondía el mando supremo de las galeras reales, armadas y por armar; de las sesenta del subsidio, y de cualesquier otros navíos de alto bordo, fustas, galeotas, bergantines... Contando con poder cumplido y bastante del monarca, todos los demás capitanes de galeras, oficiales, marinos u otros súbditos del Rey Católico le debían obediencia en el ejercicio de sus funciones. Las cauciones incluidas en el nombramiento abarcaban la explícita obligación de virreyes, lugartenientes, gobernadores generales y particulares de Castilla, Aragón, las Dos Sicilias, Milán y cualquier otro territorio de acatar sus mandamientos, cartas y autos, contando además con jurisdicción civil y criminal en su ámbito de actuación. Como bien sabía García, la colaboración de otras autoridades era tan crucial como difícil de conseguir en el complejo entramado que constituía la Monarquía Hispánica. Particularismos territoriales, rivalidades familiares, diferencias en cuestiones de fe y afán de engrandecimiento personal a menudo desplazaban la consecución de los objetivos comunes frente a enemigos tan poderosos como el Turco.

Otra cuestión fundamental en la que el rey procuraba asegurar la equidad era el correcto y justo aprovisionamiento de las escuadras, para lo que ordenaba a todos los naturales de sus señoríos proveer al capitán general respetando los precios justos de bastimentos, armas, municiones, jarcias y todo aquello que fuera preciso para garantizar la operatividad de las flotas. Igualmente, todos los oficiales regios debían proporcionar gente de buena boya que sirvie-

---

(45) «Gobernó el peincipado de Cathaluña con gran rectitud y severidad, como aquella tierra lo ha menester». COLLAZOS, Baltasar de: *Commentarios de la fundación y conquistas y toma del Peñón y de lo acaescido a los capitanes de Su Magestad desde el año 1562 hasta el de 64...*, Valencia, 1566, f. 8v.

(46) HERNANDO SÁNCHEZ: «“No digo ingenieros sino hombres”...», p. 38.

(47) AHA, Juan Sebastián de Elcano 10, Ms. 0012/007.

ra al remo con sueldo a cargo del monarca. Prescribía además la condena a galera para aquellos que no hubieran cometido delitos ejemplares, por la gran necesidad que había de galeotes en las distintas escuadras. Asimismo, disponía de la facultad de armar todo tipo de navíos y tropas a cargo del rey, y de secuestrar carabelas, naos, fustas y otras naves de particulares si las necesidades militares lo exigían.

Recibió don García unas instrucciones<sup>48</sup> para el desempeño de su cargo en las que el rey incidía en algunos puntos de interés. Como era habitual en la mentalidad de la época, se le encargaba en primer lugar vigilar la disciplina y moralidad de sus subordinados, castigando a los que cayeran en la blasfemia o el pecado nefando. Sin embargo, se le prevenía para que impartiera justicia sin caer en excesos ni agraviar a los encausados.

Como capitán general del Mar, una de sus funciones más importantes era asegurarse de proteger el litoral y las costas de los reinos y señoríos de la Corona<sup>49</sup>, de forma que los súbditos no resultaran damnificados en sus posesiones y se lograra un tráfico marítimo libre y seguro. Para ello debía limpiar de corsarios el mar en verano y en invierno. Aunque contaba con una notable autonomía, era voluntad regia que don García consultara con el monarca el lugar de concentración de las flotas y sus movimientos, lo que da una muestra clara de la importancia concedida por el rey a los asuntos del Mediterráneo. Los capitanes generales, que recibirían sus propias instrucciones, debían obedecerlo y atender a sus requerimientos, dado que el monarca preveía que los fondos del subsidio no serían suficientes para sostener una flota que se presumía había de ser numerosa.

La experiencia aconsejaba que los capitanes contratados a sueldo del rey –es decir, los que no eran sus súbditos– aportaran tan solo la gente mar imprescindible para operar con las galeras. Las tropas necesarias se obtendrían de los contingentes ordinarios asentados en España e Italia. De esta forma, a juicio de Felipe II, con un solo gasto se podrían hacer dos efectos. En este sentido, aseguraba a su nuevo capitán general de la Mar, había escrito a los virreyes de Nápoles y Sicilia y a otras autoridades de Italia para que colaboraran con él. Este punto no era menor dado que, como se ha apuntado, existía un delicado equilibrio de poder entre grupos de interés y familias nobles, lo que dificultaba en alto grado la ejecución de las operaciones. De hecho, el propio don García tenía la instrucción de acudir en ayuda de las otras autoridades, entre las que debía procurarse que reinara un buen entendimiento genérico.

---

(48) *Ibidem*, Ms. 0012/008.

(49) La actividad corsaria en todas las costas mediterráneas de la Monarquía era una constante molesta y extremadamente dañina que afectaba gravemente al tráfico marítimo y a las poblaciones costeras. Como comandante en jefe de las flotas del rey, recibía avisos de todo el ámbito mediterráneo. Valga como ejemplo el dado por Luis de Barrientos el 2 de noviembre de 1564, en el que da cuenta de la abrumadora presencia de piratas en las costas de Calabria, y a cuyo juicio estos «hacen el amor con ciertas naves cargadas de trigo que están en Mesina». AGS, Estado, leg. 1393, 236, 238, f. 1r.

Llama la atención que el soberano prevenga a don García para que libere a los forzados una vez que hayan cumplido sus condenas, por necesarios que sean, dado que sería «un gran cargo de conciencia y ofensa» de Dios. Precisamente por ello deberá asegurarse de que las galeras estén siempre provistas de remeros. Los forzados debían cobrar el sueldo de los buenas boyas desde el mismo día del cumplimiento de su condena, y recibir una carta de servicios al llegar a tierra. Asimismo, debían ser bien tratados, proveyéndoles oportunamente de raciones y vestimenta, y prodigándoles cuidados si cayesen enfermos.

De igual forma, era función de don García impedir que la soldadesca dañara montes y sotos y tomara frutos en contra de los propietarios de aquellos. Debía tener especial cuidado con el comportamiento de las tropas en las tierras de los aliados, como el papa y Génova, así como vigilar que la animosidad de los soldados no derivara en problemas. Se aseguraría de que las tropas de los tercios fuesen tratadas de forma correcta. Otra cuestión fundamental: la obligación de la marinería y tropa de residir junto a las galeras cuando estas se hubieran juntado. Únicamente podrían ausentarse con licencia especial y por causas justificadas. No solo se trataba de evitar que las tropas desertaran, sino de dificultar el fraude en las pagas de aquellos. Por lo tanto, como capitán general del Mar debía tomar muestra y alarde de soldados, marineros y oficiales. Entre otros asuntos, las instrucciones regias regulaban el reparto de las presas de modo que se garantizara la parte del rey y se evitara que los capitanes se apropiaran de las tomadas por los soldados.

Felipe II estaba especialmente interesado en que don García cuidara del aprovisionamiento de La Goleta<sup>50</sup> y otras plazas de África, pues era el monarca muy consciente de su importancia en la estrategia desplegada para frenar los ataques del Turco y los berberiscos. Igualmente, era su obligación mantener una correspondencia fluida con los caballeros de San Juan, a quienes debía prestar la ayuda que fuera precisa. No tardaría mucho García en colaborar con ellos en distintas ocasiones de diverso cariz.

### **Un éxito incontestable: el peñón de Vélez de la Gomera**

Ese mismo año de 1564 organizó la toma del peñón de Vélez de la Gomera. Como se ha apuntado previamente, el peñón fue conquistado por Pedro Navarro a principios de siglo, para ser luego ocupado por berberiscos y turcos. Según una descripción realizada en 1557<sup>51</sup>, los turcos mejoraron las construcciones españolas, de forma que el escarpado peñón presentaba dos torres prin-

---

(50) La amenaza constante sobre esta plaza en particular se evidencia en la recurrencia con que hubo de ser reforzada, con tropas de refresco y vituallas, ante el avance musulmán. Así, Felipe II se lamentaba de no poder llevar tropas extraordinarias en 1561, ante lo avanzado de la estación. AGS, Estado, leg. 1390, 120, f. 1r.

(51) AHA, Juan Sebastián de Elcano 10, Ms. 13, ff. 177 r-v.

cipales, al este de las cuales había una plaza en la que se emplazaba la artillería. Edificaron casas al poniente de las torres, con grandes ventanas y almenas para alojar tropas, municiones y bastimentos. En el punto más alto de la roca se hallaba un pequeño castillo almenado, rodeado por otros castilletes de tapial que hacían las veces de atalayas. Contaba asimismo con un portón de hierro accesible por un sinuoso sendero, tras el cual se erigía una segunda muralla con un puente levadizo. Por estas características se tenía por una plaza inexpugnable<sup>52</sup>. Desde allí los piratas berberiscos perpetraban correrías por el Estrecho y las costas andaluzas.

Con objeto de poner fin a estas actividades corsarias<sup>53</sup>, Felipe II ordenó a don García aprestar lo necesario para conquistar el peñón<sup>54</sup>. Se reunieron tropas y vituallas en Barcelona, Málaga y Cartagena, incluyendo piezas de artillería tomadas en la célebre victoria de San Quintín. Los aprestos contaron con aportaciones de Portugal, la orden de San Juan, Génova y el duque de Florencia<sup>55</sup>. Por su parte, los reyes de Argel y Fez, enterados de los preparativos cristianos, reforzaron el peñón con tropas turcas y lo proveyeron de víveres y municiones.

La flota<sup>56</sup> resultante de todos estos preparativos estaba compuesta por 93 galeras. De ellas, catorce navegaban bajo el mando directo de García; doce lo hacían a las órdenes de Juan Andrea Doria; siete dirigían, cada uno, don Álvaro de Bazán y Marco Antonio Colona; ocho comandaba Francisco Barreto; cuatro Marco Centurión, y cinco pertenecían a los caballeros de San Juan. Aparte de estas galeras y de las citadas de Nápoles, Sicilia y Génova, se sumaron el mencionado galeón y las carabelas de Portugal, así como veinte bergantines, quince laúdes y otras muchas naves de menor entidad cuyas tripulaciones se vieron atraídas por la posibilidad de obtener réditos de la incursión.

El desarrollo de las operaciones fue descrito suficientemente por Baltasar de Collazos y tratado por autores como Fernández Duro y Cerezo Martínez, por lo que aquí solo se resaltarán algunos puntos considerados notables.

La escuadra arribó a tres leguas del peñón el 31 de agosto de 1564. García mandó dos galeras a reconocer la guarnición y tomar la montaña de Baba y

---

(52) El propio García de Toledo, al enviar nuevas a Felipe II, decía: «Dios ha servido de dar a Vuestra Majestad la victoria de la plaza del mundo más fuerte de sitio». AHA, Juan Sebastián de Elcano 218, Ms. 0376/0185.

(53) En 1563, Sancho de Leiva había fracasado en similar empresa. BRAVO NIETO y BELLVER GARRIDO: *El Peñón de Vélez de la Gomera*, pp. 107-113.

(54) Puede hallarse una relación de lo acontecido durante los preparativos y el desarrollo de las operaciones de la toma del peñón, en AHA, Juan Sebastián de Elcano 10, Ms. 13, ff. 200r-208v. Baltasar de COLLAZOS, partícipe en la jornada, publicó una obra en la que narra pormenorizadamente lo sucedido en esta empresa: «*Commentarios de la fundación y conquistas y toma del Peñón y de lo acaecido a los capitanes de Su Magestad desde el año 1562 hasta el de 64...*», Valencia, 1566.

(55) Portugal aportó un total de ocho galeras, un galeón y cuatro carabelas; con tres contribuyeron los caballeros de San Juan y Génova, y diez empeñó el duque de Florencia.

(56) Se incluían doce galeras recién construidas en Barcelona, una de las cuales, de fábrica especialmente hermosa, fue empleada por don García.

otras sierras que rodean la plaza, para evitar que lo hicieran los moros. Se construyeron fuertes para guarecerlas, y se situó en ellos la artillería, que estaría a cargo de Juan Andrea Doria. Ante la visión de tan numerosa flota, algunos defensores huyeron a las montañas con sus familias, mientras otros prendieron fuego a las galeras con que contaban, guardando el esquiife para huir si la ocasión lo brindaba. El castillo de Alcalá quedó desocupado, lo que facilitaba el avance de la flota y que la plaza quedara rodeada. El propio García organizó el desembarco, haciendo frente a los ataques moros. Se cavaron trincheras y pozos para obtener agua. A bordo de una pequeña fragata (por entonces nave de remo), rodeó el peñón en busca de su punto más débil, hasta hallar una caleta a propósito, más tarde reconocida como tal por don Álvaro de Bazán.

El 3 de septiembre, García mandó avanzar por el campo de Vélez, portando su propia mochila e impedimenta para dar ejemplo a la tropa. Vestía sombrero de paja y alpargatas para caminar bajo un sol de justicia que resultaba duro, especialmente para los tudescos. Se produjeron combates con escopeteros y ballesteros moros, aunque fueron puestos en fuga. Por un cristiano cautivo que había logrado escapar del peñón se supo que la guarnición de este ascendía a unos 150 turcos, provistos de unas veinte piezas de artillería (aunque ninguna gruesa) y abundante munición. Con la toma de la torre Marabute, situada en la sierra de Baba, quedó completamente rodeada la plaza, evitando así que pudiera recibir refuerzos desde Fez o Berbería. El peñón era batido desde todas las direcciones, respondiendo los defensores con sus piezas de artillería y una culebrina que iban moviendo en función de las necesidades. Por las noches trataban de reparar los desperfectos causados por los bombardeos. Sin embargo, cundiendo el desánimo entre ellos, parte de la guarnición turca hizo defección, de forma que de esta solo quedaron trece hombres. Consciente de esta circunstancia, don García ordenó a Juan Andrea Doria penetrar en la plaza con cuarenta hombres. El napolitano pudo hacerlo sin problemas, tras de lo cual tomó a los defensores como rehenes y se hizo con un cuantioso botín tanto de provisiones como de mercancías y material de guerra, incluyendo unas piezas de artillería con las armas de Castilla, probablemente de la época de Pedro Navarro.

El 6 de septiembre García hizo su entrada en el peñón. Ordenó que el capitán Diego Pérez quedase como alcaide de la plaza con trescientos soldados viejos y bisoños, cuarenta artilleros, algunas mujeres y cien canteros para reparar la fábrica de la fortaleza. Además, se instalaron más piezas de artillería y se avitualló a la plaza con abundantes provisiones venidas de Málaga en una urca. A poco, la guarnición debió rechazar un contraataque moro. Para asegurar la plaza frente a un territorio hostil, García mandó derribar las murallas de Vélez y proyectó junto a Bazán construir un fuerte en la boca del río Tetuán, aunque esta iniciativa no prosperó. En lugar de eso, Bazán se encargaría de cegar este río hundiendo barcos cargados de piedras y fragua. Trataban así ambos de evitar que los piratas emplearan esta vía fluvial para hacer correrías por el Estrecho, como venía sucediendo hasta ese momento. Los moros

volvieron a atacar el peñón, pues habían recibido refuerzos. Para repelerlos, las galeras apoyaron con su artillería, logrando así frustrar la intentona. Poco después, don García dio parlamento en su galera a los moros, a quienes dio las condiciones regias: podrían vivir en Vélez si entregaban a los cautivos y se reconocían como vasallos del Rey Católico, al que debían pagar un tributo anual. Los moros se retiraron a tratar con el monarca de Fez acerca de estas premisas.

Por fin pudo marchar García a España y disolver el contingente. Los soldados traídos de Italia fueron devueltos a sus cuarteles, no sin que antes se pusieran al borde del amotinamiento por falta de paga. Finalmente la sangre no llegó al río, pero el suceso es una muestra de lo arriesgado de depender de las remesas numerarias del rey, y de lo dificultoso que resultaba a los generales mantener el orden en la tropa cuando a esta no se le abonaba la soldada.

### **Pensamiento naval aplicado: la necesidad de unificar mandos en el Mediterráneo**

La consecución de esta importante victoria, al tomar una de las plazas tenidas por más difícilmente expugnables del mundo, impulsó a García para conseguir su nombramiento como virrey de Sicilia. Ya había expuesto las ventajas de una decisión así en un escrito dirigido a Felipe II.

En dicha carta<sup>57</sup>, escrita en mayo de 1564, don García se excusaba por solicitar tal dignidad para sí, asegurando que había explorado todos los caminos antes de llegar a esta conclusión. Simultanear el generalato del Mar con el gobierno de Cataluña producía efectos adversos, toda vez que le era imposible personarse en el Principado para atender adecuadamente sus funciones gubernativas y jurisdiccionales. Sin embargo, veía muy beneficioso que el capitán general del Mar ostentara el virreinato de Sicilia, a tenor del lamentable estado de las armadas de la Monarquía y del creciente poder exhibido por sus enemigos.

Una de las principales ventajas de unir ambos cargos era la abundancia de marineros de que gozaba la isla, en agudo contraste con la escasez cada vez más acuciante que se daba en España. Así, al estar seguro de poder rearmar sus galeras, el general podría despedir a buena parte de la marinería en invierno, de lo que resultaría un importante ahorro para el erario. Efectivamente, invernar en puertos españoles era más oneroso por la carestía de recursos, al igual que sucedía en Génova. Además, según un memorial presentado ante don García, entre los puertos hispanos tan solo El Puerto de Santa María presentaba unas características que permitían ahorrar en personal<sup>58</sup>. Estos fondos podrían emplearse, según el gran marino, para ayudar a «levantar este enfermo», que no por otra cosa tenía a la marina de guerra de la Monarquía.

---

(57) AHA, Juan Sebastián de Elcano 15, Ms. 0021/080.

(58) *Ibidem*, Ms. 0021/083.

Se comprometía a edificar en Mesina unas atarazanas con las que construir las galeras precisas para la guarda del mar, incluyendo unas cuantas que debían quedar de reserva en tierra. Estas gestiones debían tomarle dos o tres años a lo sumo. Para don García era necesario centralizar los medios de provisión; junto a las atarazanas se crearían hornos para la elaboración de bizcochos, así como casas de munición y aposentos de maestranza de calafates para evitar pérdidas de tiempo en desplazamientos. De esta forma se aseguraría la existencia de tiendas de herraje, camisas, calzones y otros elementos de vestimenta, formando si fuera preciso a los esclavos para que cumplieran esta función.

Otro punto fundamental, desde su perspectiva, era unificar los mandos de tierra y mar, lo que mejoraría la eficiencia y optimizaría los recursos, de forma que no se dieran discrepancias entre unos mandos y otros. Como ejemplo citaba al Turco, que contaba con medios materiales y humanos abundantísimos con un mando único. Así, el almirante de la Sublime Puerta ostentaba el mando sobre casi toda Grecia, contando con los recursos sin importar su procedencia. Para él, si una armada en buen estado y orden precisaba de tantos medios, qué no necesitaría la española, que se encontraba falta de todo. Igualmente, Dragut se preocupó de conseguir del Turco el mando de Trípoli, para contar con los recursos aportados por su territorio. Lo mismo sucedía en Argel. De esta estrategia se derivaba un gran daño para la Monarquía Hispánica, cuya organización era sumamente fragmentaria, lo que dificultaba la disposición de recursos y el establecimiento de una estrategia común. De nuevo puede observarse el pragmatismo de don García, siempre abierto a emular a sus enemigos si encontraba alguna ventaja en ello. Finalizaba su discurso con una demostración de su cultura clásica y gusto por la historia –tan propio de un hombre del Renacimiento–, al afirmar: «Si se dijera que romanos nunca juntaron estos dos cargos, también se podrá decir que estos son otros tiempos y otras necesidades».

Todavía en 1564, en octubre, don García elevó su parecer<sup>59</sup> ante el llamado Consejo de Galeras sobre lo que debía procurarse para detener la pronta arremetida del Turco. En su escrito, como militar pragmático y honesto, comienza advirtiendo de que sus propuestas deben ser tomadas con las cautelas inherentes a unas circunstancias cambiantes y contingentes. Sin embargo, sí se atreve a enumerar –con sumo acierto, en vista del transcurso de los hechos– una serie de emplazamientos que debían ser reforzados por resultar más difícilmente defendibles. En primer lugar cita la isla de Malta, a cuyo gran maestre sugiere apereibir a fin de que tome las medidas precisas para resistir un ataque. Entre otros objetivos potenciales de los otomanos particularmente vulnerables destaca La Goleta, sita en un golfo estrecho y con el enemigo dueño de la campaña que la rodea; también Menorca, que por su reducido tamaño, no contando Mahón con las fortificaciones adecuadas, podría sufrir un asedio con poca gente; y Orán y Mazalquivir, aunque reconoce no tener conocimiento bastante de las características de estas plazas ni de su estado. Se preocupaba de visitar

---

(59) *Ibíd.*, Ms. 0021/079.

en persona las fortalezas y astilleros, así como otros lugares importantes dentro de la estructura naval del Mediterráneo español, como Génova<sup>60</sup>.

### **El sitio de Malta: la fortuna favorece a los pacientes**

Como don García había pronosticado, las intenciones de la Sublime Puerta eran atacar Malta como paso previo a la invasión de Sicilia y la Italia continental. Se trataba de una respuesta a la toma del peñón de Vélez y a las acciones corsarias de los caballeros de la Orden de San Juan. Al igual que en lo referente a la toma de peñón, aquí solo se señalarán algunos aspectos de este importante acontecimiento militar del Mediterráneo moderno<sup>61</sup>. Los turcos aprestaron una flota compuesta por más de 130 galeras, ocho mahonas, once naos gruesas, veintiocho galeotas y otro número de embarcaciones de distinto porte. Al mando de tan nutrida escuadra de hallaba Pialí Baxá, almirante otomano. El contingente, dirigido por Mustafá, superaba los veintinueve mil hombres, entre los que sobresalían los jenízaros y espahíes, muy temidos de los cristianos. La armada, moviéndose con mayor celeridad de lo esperado, llegó al archipiélago maltés el 18 de mayo de 1565. Esta premura impidió al veterano maestro de San Juan, Jean Parisot de la Vallete, efectuar todos los preparativos necesarios para defenderse. Pecó el maestro de subestimar la capacidad militar turca, pese a que don García le había visitado y advertido al respecto, además de enviarle algún refuerzo y vituallas. No obstante, no fue posible evacuar hasta Sicilia a los no aptos para la lucha, como se había planeado. Sí se logró poner a salvo a la población en la ciudad de Malta<sup>62</sup>, introduciendo abundante ganado, agua y otros bastimentos<sup>63</sup>, y cegando el foso que rodeaba la ciudad con dos galeras que se «afondaron».

La enconada resistencia presentada por los defensores, entre los que se destacaron los españoles, así como las desavenencias entre los mandos turcos<sup>64</sup>, permitieron que se organizara el socorro de la isla. El encargado de hacerlo sería don García de Toledo<sup>65</sup>, quien formó consejo para averiguar el

---

(60) FERNÁNDEZ DURO: ob. cit., t. II, p. 76.

(61) Puede encontrarse una relación de los hechos en AHA, Juan Sebastián de Elcano 10, Ms. 013, ff. 224ss.

(62) Así apremiaba fray Pedro de Mezquita a don García para que acudiera en socorro de «tantos niños, mujeres y viejos». AGS, Estado, leg. 1394, 254, f. 1r.

(63) Para Melchor de Robles Pereira, un ejército de socorro solo precisaría acarrear bizcochos, dado que los defensores, transcurridos casi dos meses desde que comenzara el asedio, aún contaban con abundante carne y vino. *Ibidem*, 253, f. 2v.

(64) Según se relata, Pialí era partidario de atacar en primer lugar el burgo y el castillo de San Miguel desde la montaña de San Salvador, aunque Mustafá prefirió ofender en primer término el fuerte de San Elmo. Además de ello, Dragut quiso marcharse sin participar de las acciones, al comprobar que estas se habían iniciado sin esperar a su llegada, contraviniendo las instrucciones del Sultán, sabedor de que el corsario era un gran conocedor de la isla.

(65) Felipe II ordenó a los distintos capitanes y generales contribuir en lo preciso para que don García contara con las mayores fuerzas posibles. Así se entiende la carta remitida a Alonso de la Cueva el 11 de junio de 1565 para que entregara al capitán general del Mar toda la infantería que este le solicitase. AGS, Estado, leg. 1394, 254, f. 1r.

parecer de sus subordinados<sup>66</sup>. El tiempo empleado en escribir a Felipe II –que respondió apremiándole a defender Malta como si de Mesina o Palermo se tratara– y preparar las fuerzas de socorro fueron tomados por su enemigos como un síntoma de dejadez, impericia o cobardía. Sin embargo, se debe resaltar que don García perdió a su hijo Fadrique de Toledo durante el sitio, y que fue precisamente su saber esperar el momento adecuado lo que permitió que una escuadra menor –de apenas unas sesenta galeras en buenas condiciones– pudiera aproximarse y desembarcar las tropas. Efectivamente, hasta que los turcos se hubieron asentado en la isla y, confiados, desembarcaron la artillería de sus naves, las operaciones para levantar el cerco no pudieron llevarse a cabo. Además, el factor sorpresa contribuyó a la retirada desordenada de los ocupantes.

El éxito en la defensa de Malta vino a probar la eficacia de la política naval impulsada por don García desde que fuera virrey de Cataluña, apuntando a Sicilia como el nervio de la estructura de la marina hispánica. Continuó en el cargo de virrey de Sicilia unos años, en los que participó en diversas acciones militares y se ocupó de una magna reforma urbanística de Palermo<sup>67</sup>. Sin embargo, su menguante salud le llevó a solicitar el relevo a Felipe II, que lo exoneró de sus cargos. En el de capitán general del Mar le substituyó don Juan de Austria<sup>68</sup>.

### **Siempre fiel a su señor: la experiencia al servicio de la Monarquía**

Pese a abandonar la mayor parte de sus cargos públicos, don García continuaba implicado en los avatares navales de la Monarquía, prestando su consejo tanto al monarca como a don Juan de Austria. En 1568 dio otra vez su parecer<sup>69</sup> sobre las acciones que podrían tomar los turcos, ocasión en que volvió a evidenciarse su siempre previsora visión a la hora de preparar las flotas y avituallar los lugares más susceptibles de ser atacados. Si el enemigo atacara

---

(66) La mayor parte de sus consejeros rechazaban tomar acción por considerarlo demasiado arriesgado. Ascanio Colonna pidió rehusar el combate naval, aduciendo que las naos poco podían contra las galeras turcas, según se había visto en Preveza, y que lo marineros estaban amedrentados por las derrotas sufridas ante los turcos. Don Álvaro de Bazán era partidario de mover sesenta galeras y desembarcar unos diez mil hombres rápidamente, algo que creía factible por estar las galeras turcas faltas de gente. Por su parte, a Sancho de Leyva, igualmente contrario a sostener un combate en la mar, le parecía poco factible un desembarco de tropas, y rechazaba asimismo realizarlo al amparo de la noche por ser «madre de todas las confusiones». Por último, Álvaro de Sande veía difícil hasta el extremo cualquier opción, dada la carencia de caballos y acémilas para las vituallas. Opinaba que era mejor organizar una expedición contra Túnez, para así obligar a los turcos a levantar el sitio de Malta. En caso contrario, creía necesario traer más tropas de Italia.

(67) Dotó de un nuevo trazado a la ciudad, uniendo el palacio virreinal y un puerto también renovado, reforzando, además, las murallas. Asimismo, renovó las fortificaciones de Malta y La Goleta. HERNANDO SÁNCHEZ: «“No digo ingenieros sino hombres”...», p. 38.

(68) CEREZO MARTÍNEZ, p. 210.

(69) AHA, Juan Sebastián de Elcano 456, Ms. 1280/014.

con una flota muy superior un punto de difícil socorro, lo mejor según él sería aprovechar la oportunidad para ofender en lo posible al Turco en su propio terreno. Y, si los números fuesen más equilibrados, era partidario de un enfrentamiento a mar abierto, faltando como faltaba «el nervio y la fuerza principal que es la infantería vieja, que está en Flandes». Por otro lado, en caso de que los turcos no juntaran una gran armada y se contentaran con hacer correrías por las costas cristianas, podría enviarse parte de las armadas del rey a hacer lo propio en territorio turco o marchar contra los corsarios, mientras el resto de la fuerza se ocupa en guardar las costas de Sicilia, Córcega, Cerdeña y los Estados Pontificios. Si los turcos decidieran romper hostilidades contra Venecia, don García era partidario de no emplearse a fondo en su defensa, dado que la Serenísimas probablemente buscaría la paz por su cuenta a la menor oportunidad<sup>70</sup>. La desconfianza de García tanto en las intenciones como en la capacidad de combate de los venecianos será una constante hasta el final de sus días.

En su posición de marino avezado y hombre de Estado con una dilatada experiencia en los asuntos mediterráneos, don García gozaba de un gran ascendiente sobre don Juan de Austria, con el que mantuvo una nutrida correspondencia<sup>71</sup>. El joven príncipe buscaba el asesoramiento del experimentado marino para hacer frente a sus obligaciones de capitán general del Mar. En particular, sobre los sucesos que llevarían a la batalla de Lepanto, don García se lamentaba de no poder acudir en persona, en razón de su quebrantada salud<sup>72</sup>. Previene a don Juan de Austria para que no forme toda la flota en un escuadrón, como sucediera en Preveza, sino en tres. Asimismo, le sugiere que ofrezca la vanguardia a los venecianos, pues no confía en ellos como segunda línea si la primera flaquease<sup>73</sup>. Don Juan, de puño propio, pedía a don García que no dejara de escribirle y que acudiera en persona, si su salud se lo permitía<sup>74</sup>. Tras la batalla de Lepanto, don Juan le remitió una carta que no se ha conservado<sup>75</sup>. En su respuesta, don García aseguraba que se había obtenido una victoria crucial; gracias a ella recobró el ánimo perdido tras varios sucesos desafortunados, algo fundamental. Para él, este triunfo era una evidencia de que, si actuaban unidos frente al enemigo común, los cristianos podrían vencer a los turcos. Tenía la esperanza de que la Liga continuara, por cuanto bajo la dirección de don Juan se podría recuperar Jerusalén<sup>76</sup>.

---

(70) Para García, los venecianos no combatirían por temor a que así quedará patente su indefensión: «Si bien [Venecia] tiene dineros, no tiene gente y caballería en quien emplearlos ...».

(71) Gran parte de este intercambio epistolar se puede encontrar en FERNÁNDEZ NAVARRETE, Martín; SALVÁ, Miguel, y SAINZ DE BARANDA, Pedro: *Colección de documentos inéditos para la historia de España* III, Madrid, 1843.

(72) *Ibidem*, p. 12.

(73) *Ibidem*, pp. 13 y 14.

(74) *Ibidem*, pp. 17 y 41.

(75) *Ibidem*, p. 5.

(76) *Ibidem*, pp. 30ss.

La opinión de García era tenida en altísima estima tanto por Felipe II como por muchos de sus más allegados consejeros. En la corte no se desdeñaba la perspectiva que proporcionaba el ilustre marino, tanto por su experiencia personal como por sus amplios conocimientos del pasado reciente y remoto. Así, en un escrito dirigido al rey en 1573<sup>77</sup>, don García exponía la necesidad de aprestar una armada de 150 galeras, frente a las ochenta que de ordinario se armaban para luchar contra la piratería<sup>78</sup>. A su juicio, este número era de todo punto insuficiente, habida cuenta de que el Turco nunca dejaba de hacerse presente. En su opinión, se podrían mantener hasta cincuenta galeras, desarmadas pero listas para entrar rápidamente en combate, cuyas tripulaciones y chusma podían servir en las restantes, resultando más fuertes para ofender y defenderse. Así se lograría ahorrar una parte significativa de los gastos, manteniendo al par una operatividad suficiente que desalentara las acciones de piratas y turcos. Los pueblos costeros de Sicilia y Nápoles no se opondrían a este sistema –bastaría concederles algunas exenciones para lograrlo–, y podrían beneficiarse de todos los movimientos económicos aparejados a las acciones de las flotas.

Llama la atención sobre la contención del gasto, aspecto en el que es imprescindible que los capitanes sean cuidadosos y no tan liberales con los recursos del rey. Se antojaba trascendental la función de los veedores y tomadores de cuentas. Igualmente, era preciso abonar las pagas con cuatro meses de adelanto, para poder aprovisionarse sin carestías. Asimismo, asegura que jamás se debía navegar en invierno<sup>79</sup>, tanto para velar por la seguridad de la flota como por el ahorro que se derivaba de despedir a la gente en ese periodo, de forma que al tomar tierra puedan irse directamente, sin causar más gasto. Incluso las galeras de España debían invernar en Sicilia, donde las provisiones eran mucho más baratas.

Se opone a la creación de una milicia marítima. Aduce razones históricas muy interesantes: cree que era factible en tiempos más apacibles, en los que bastaban armadas de unas sesenta galeras; de otro modo, resulta un sistema económicamente insostenible, como han podido comprobar los venecianos, quienes tuvieron que buscar la paz con los turcos. Otra razón era que anteriormente se navegaba tan solo cuatro meses, mientras que en sus tiempos era necesario operar durante más tiempo y estar prevenido. Por último, lo ve como imposible debido a que las zonas costeras se hallaban por entonces sensiblemente menos pobladas que en tiempos pretéritos, como consecuencia precisamente de los avatares navales. Los impuestos y cargas a que los reinos habían de hacer frente desaconsejaban iniciar un proyecto tan costoso como el citado.

---

(77) AHA, Juan Sebastián de Elcano 224, Ms. 0387/0409.

(78) La cuestión no era menor dado que, según cálculos de la época, el gasto medio anual de una galera ascendía a casi dos millones y medio de maravedíes. AHA, Juan Sebastián de Elcano 15, Ms. 0021/084, ff. 313r-318r.

(79) En 1564, con motivo de la revuelta morisca de las Alpujarras, ya había expuesto su opinión respecto a acometer empresas en invierno: era un gasto absurdo que ponía en riesgo las acciones de primavera. BRAUDEL, pp. 376 y 377.

Como se puede comprobar, don García, en calidad de consejero de Estado, continuó implicado en los designios de la Monarquía Hispánica, sirviendo siempre con lealtad a su señor natural desde su retiro napolitano, hasta su fallecimiento en 1578 en la villa de Pozzuolli. Ello pese a la suerte dispar que sufrió a lo largo de su prolongada carrera, durante la que en algunas ocasiones cayó en desgracia.

Se trata, sin duda, de una figura de especial relevancia en el panorama naval español –y mundial– del Renacimiento. Sus reflexiones, producto de una cultura ubérrima y de una trayectoria personal inusualmente prolongada, desde la más incipiente juventud hasta una edad proveya, se pusieron al servicio de los intereses de sus soberanos. Denotan la consciencia de la importancia crucial del poder naval para el mantenimiento de la Monarquía –y aun para su misma supervivencia–, con una visión estratégica de largo alcance y una óptica integradora desde el punto de vista funcional. Así puede entenderse su afán por unificar mandos dentro de una estructura administrativa y militar sumamente fragmentada. Sus conocimientos de la milicia naval abarcaban desde los pormenores del gobierno de una galera a la creación, organización y sostenimiento de un conjunto de flotas que operaban en un ámbito realmente complejo, el microcosmos compuesto por el Mare Nostrum. Participó en importantes combates navales, de los que extrajo, gracias a su inteligencia, las claves para diferenciar las condiciones de victoria de los distintos lances, que extrapoló y adaptó a situaciones futuras. Precisamente para evitar la pérdida de este inconmensurable bagaje de conocimientos, procuró dar su parecer siempre que fue requerido.

En definitiva, puede comprobarse por su discurrir biográfico, por sus hechos y sus escritos –apenas enunciados aquí–, que se trata de una de las figuras militares más relevantes en el ámbito naval del siglo XVI. Como se dijo al principio, la historiografía no ha detenido la mirada lo suficiente en don García de Toledo y Osorio. Quizá con este trabajo –aunque solo sea para enmendarlo– otros profesionales de la historia más dotados se decidan a acometer un estudio en profundidad sobre él.